



CRONICON DE LAS PEÑAS DE BUENOS AIRES

A Ernesto Montecano,
con el afecto de su amigo

Antonio Pagani

Bs. Aires, Abril del 84

20/5/84

Con Antonio Requeni

Cuando uno conversa con el poeta Antonio Requeni que es, además, entre otras muchas cosas, periodista, piensa que hay hombres aun en pleno siglo XX con vocación enciclopedista, por lo menos en lo que se refiere a la literatura. En un reciente encuentro, nos contaba:

-La idea de hacer el "Cronicón de las peñas de Buenos Aires" surgió, hace ya como quince años, de un reportaje que le hice a Giusti en el que recordó muchas anécdotas de Los Inmortales. Después tuve una conversación con Guibourg, que también me contó cosas interesantes. A mí siempre me atrajo la vida bohemía; nunca la pude hacer, me lo impidió la obligación de levantarme temprano. Con esas notas de Giusti y Guibourg hice un trabajo sobre las peñas de Buenos Aires de unas 25 páginas, que publiqué un laboratorio. Al ver esa publicación tuve la idea de hacer el libro. Seguí hablando con viejos protagonistas y testigos de algunas peñas muy conocidas y de otras que lo eran menos, revisé archivos, leí libros, hice fichas...

-¿Cuántos años trabajaste?
-Unos quince, pero en forma muy lenta. Cuando llegué más o menos a la mitad me enfermé de hepatitis y tuve que quedarme cuatro meses en cama; entonces aproveché y terminé el trabajo, que abarca desde la Colonia hasta nuestros días.

-¿Por fin una hepatitis resulta positiva!

-Sí, le debo el haber terminado el libro, que lleva abundante material fotográfico, mucho cedido por amigos.

-¿Cuántas peñas recordarás en tu libro?

-Deben ser unas cuarenta, más o menos.

-¿Qué fenómeno interesante el de las peñas! Surgen en un determinado momento del país y después decaen.

-Aparecen, en realidad, cuando llega acá Rubén Darío. El importa la costumbre de las peñas que había frecuentado en Madrid y en París. Tuvieron su momento importante en la primera década del siglo, luego, en la del '20, con el movimiento de Martín Fierro y los grupos de Florida y Boedo, resurgen y duran hasta fines del '30 y principios del '40. La del Tortoni, que es una de las importantes, empieza en el '27 o '28 y termina en el '43. En aquella época había un ambiente más propositivo. Los argentinos no estaban tan politizados ni la política separaba a la gente. Un Bernárdez, católico, iba del brazo de un González Tuñón, comunista. El ultranacionalista Marechal podía firmar un manifiesto con el liberal Oliverio Girondo y no pasaba nada.

-Además, la vida tenía otras necesidades, Antonio.

-También. No existía la inestabilidad económica y no se trabajaba en dos o

tres empleos para sobrevivir. Por otra parte, han desaparecido los lugares aptos para tertulias y había un contexto social que hacía propicia la peña.

-Y otra cosa más, Antonio, ha cambiado el ritmo del tiempo en Buenos Aires.

-Que ya no es una ciudad tan pintoresca como era antes, el progreso la despersonalizó y no existe la intimidad sentimental de los barrios.

-Pasaban y se decían cosas graciosas en las peñas, ¿no, Antonio?

-Ah, sí, algunas irrepetibles, María Esther.

-¿Por qué no contás dos o tres repetibles?

-Bueno. A La Terraza, que quedaba en Paraná y Corrientes, iban autores teatrales, periodistas, tangueros y también escritores. Allí recalaba Carlos de la Púa, el autor de "La crencha engrasada", que era un gordo gigantón al que le gustaba engullir a cuatro carrillos. Un día, saliendo de la peña, pasan por la vidriera de la rotisería que estaba al lado, y él, mirando los pollos que se asaban al "spiedo", le dice a un amigo: "No me explico cómo, habiendo estas cosas, todavía hay tipos que piensan en mujeres". A La Terraza iba también Ernesto Poncio, más conocido como el Pibe Ernesto, autor del tango "Don Juan". Acababa de salir de la cárcel, donde había cumplido una de sus reiteradas condenas y parece que Borges, que estaba allí, quiso cono-

cer la causa de sus reincidencias. Entonces, el Pibe Ernesto, para que su interlocutor no creyera que era un delincuente de poca monta, le respondió: "Es cierto, tengo varias entradas, pero todas por homicidio". Una cosa muy divertida ocurrió en la peña Signo, que funcionaba en Avenida de Mayo 1150, adonde iban desde Alfonsina Storni y Oliverio Girondo hasta músicos cultos como los Pessina y pintores como Pettoruti. En una ocasión le pidieron a Norah Lange que hablara y ella se subió muy decidida a una mesa y gritó estentóreamente: "¡Viva la ortopedia!" y nada más.

-Me parece, Antonio, que es encantador tu libro "Cronicón de las peñas de Buenos Aires".

-Pero no es literatura. Es un libro periodístico, es, como dice el título, una crónica. Lo editó la Fundación Banco de Boston y su divulgación es gratuita.

-Creo que en estos días está por aparecer otro libro tuyo.

-Es una recopilación, una antología sobre el tema del padre; lo edita Torres Agüero. El quiere que esté distribuido para el Día del Padre, que es el tercer domingo de junio, así que aparecerá en estos días.

-¿Cómo está organizada esa antología?

-Yo respeté la idea original, que es de Raúl Gustavo Aguirre, quien la había empezado. Un día Aguirre me llamó por

teléfono para decirme si no la quería seguir, porque él no tenía tiempo para hacerla, cosa que dramáticamente resultó cierta ya que poco después murió. Entonces Torres Agüero me pidió que la continuara y fue un trabajo que me gustó mucho. Es una antología universal en prosa y verso, claro que el 80 % son argentinos.

-¿De cualquier época?

-Sí.

-¿Quién es el más antiguo?

-Sófocles, con un fragmento de Electra. Después puse el diálogo de Hamlet con la sombra del padre, hay textos de Víctor Hugo...

-¿Cuáles son los más jóvenes?

-Creo que los más jóvenes son Irene Gruss y Daniel Chirom. Hay poemas, prosas, cuentos, fragmentos de reportajes, como, por ejemplo, uno a Marguerite Yourcenar, hay un texto del diario de Anaïs Nin, otro, humorístico, de Groucho Marx.

-Lo habrás puesto a Kafka, aunque lo deja al padre como negro.

-Sí, está Kafka. Hay un texto de Julián Centeya. Por lo general, no siempre los textos son de carácter elogioso y de carácter póstumo. Es una antología variada y rica en matices.

-También tu vida es variada y rica en matices, Antonio, porque creo que también estás compaginando una antología de Raúl Gustavo Aguirre.

-Está por aparecer y la hicimos con Daniel Chirom. Se trata de una antología de poemas que fueron publicados en diarios y revistas y que no habían sido recopilados en libro. Hay también unos treinta poemas, que él había elegido para un libro que se publicó en Caracas y que por falta de espacio no se incluyeron.

-En un año, tres libros, ya es trabajo, Antonio.

-Pero no son tres libros que haya escrito yo. Mirá, cuando recibí estos días el Premio de la Fundación Argentina para la Poesía tuve una gran alegría y un gran remordimiento.

-¿Remordimiento?

-Sí, porque si bien la poesía fue siempre el gran amor de mi vida, no le fui siempre fiel; la postergué porque tuve que trabajar y atender a la familia, de lo cual estoy muy contento. Pero, quizá, si me hubiera dedicado plenamente habría podido escribir cosas más importantes de las que he escrito. He hecho poco.

-¿Cuántos libros de poemas has publicado, Antonio?

-Ocho o nueve.

-Entonces ya no podés juzgarte. Cuando llegue el tiempo de hacer los cómputos, otros juzgarán.

María Esther Vázquez

(c) LA NACION

También son historia

"Cronicón de las peñas de Buenos Aires"

Por Antonio Requeni
(Fundación Banco de Boston)

SER gregario y sociable por naturaleza, el hombre siempre ha buscado la compañía de sus semejantes y, perfeccionando sus encuentros, fue agrupándose por gustos, aficiones, actividades e inclinaciones cuando no en logias, clubes, hermandades o capillas excluyentes y cerradas o en las más democráticas y abiertas tertulias, en las que la charla, *el flirt*, la información superficial y mundana o el sesudo comentario político o filosófico compartían un tiempo y un espacio amables y confortables.

El argentino no fue refractario a esa costumbre heredada de sus mayores europeos e hizo de la tertulia y la reunión social una actividad permanente que adecuó al paso del tiempo y al cambio de costumbres, y para que la tradición no muriera saltó de los salones a los cafés, donde tomó una fisonomía particular, tan estrechamente ligada a su nuevo escenario que hablar de tertulia —o más contemporáneamente, de peña— es hablar de café, al extremo de que muchos de estos establecimientos lograron fama casi secular por los parroquianos que los frecuentaron y que reunidos en torno de sus mesas compartieron afanes y fervores intelectuales o políticos, cuando no el descanso de fatigosas jornadas en redacciones, escenarios, tribunas o talleres de pintura o escultura.

Antonio Requeni nos entrega en este libro un panorama abarcador de las peñas porteñas, desde los albores de nuestra emancipación política hasta nuestros días, en un trabajo de síntesis que no desdena la pincelada anecdótica o el detalle revelador de una época o de un grupo.

Cabe señalar, especialmente, que el autor no se ha limitado a la mera ubicación temporal o localización geográfica de la peña sino que con acierto da el carácter de cada período y con trazos breves pero muy sugerentes pinta el entorno social, político o económico donde ha de insertarse tal o cual peña, cuya existencia o razón no será ajena a aquellos avatares.

Desfilan así en estas páginas los grupos que desde los cafés de Marco, Tortoni, Los Inmortales, Richmond de Florida, La Helvética, Royal Ke-



Antonio Requeni

ller, Aue's Keller, La Perla del Once, New Royal —entre muchos otros—, y en librerías, restaurantes, fondas y fondines pusieron una peculiar nota de color a una ciudad que despertó masivamente a los fastos de la cultura con los entusiastas y juveniles choques de los hombres de Florida y de Boedo, que en medio de sus arduas diferencias supieron en algún momento deponer actitudes encontradas para defender el común patrimonio de la cultura nacional.

Personajes y grupos quedan fielmente retratados en breves capítulos en los que el propio autor desliza su personal interpretación de un período, capilla o autor y descarnadamente, aunque con la mesura que le es habitual, recuerda la persecución que el régimen peronista desató contra los intelectuales, quienes perdidas sus tribunas, cátedras o medios periodísticos encontraron en las peñas un sitio propicio para mantener encendida la llama de la democracia hasta que esos cenáculos también fueron avasallados.

Ameno, de grata lectura y amplio contenido informativo, *Cronicón de las peñas de Buenos Aires* se suma por méritos propios a la bibliografía ineludible para conocer la rica historia menuda de nuestra ciudad (174 páginas).

Luis F. Núñez
(c) LA NACION